



La Santa Sede

JUBILEO DE LOS EMIGRANTES E ITINERANTES

HOMILÍA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II

Viernes 2 de junio de 2000

1. *"Permaneced en el amor fraterno. No os olvidéis de la hospitalidad"* (Hb 13, 1-2).

El pasaje de la *carta a los Hebreos* que acabamos de escuchar relaciona la exhortación a acoger al huésped, al peregrino y al forastero con el mandamiento del amor, síntesis de la nueva ley de Cristo. "No os olvidéis de la hospitalidad". Este mensaje resuena de modo particular hoy, amadísimos emigrantes e itinerantes, mientras celebramos este jubileo especial.

Os saludo con gran afecto, y os agradezco el haber respondido en gran número a mi invitación y a la del Consejo pontificio para la pastoral de los emigrantes e itinerantes. Saludo, de modo especial, a monseñor Stephen Fumio Hamao, presidente de vuestro Consejo pontificio, y le agradezco las palabras que me ha dirigido en vuestro nombre al comienzo de la celebración. Saludo, asimismo, al secretario, monseñor Gioia, al subsecretario, a los colaboradores y a cuantos han contribuido a la realización de esta importante manifestación espiritual.

Entre vosotros se encuentran *emigrantes* de diversos países; *refugiados*, que han huido de situaciones de violencia y piden que se les reconozcan sus derechos fundamentales; *alumnos extranjeros* deseosos de perfeccionar su formación científica y tecnológica; *gente del mar y del aire*, que trabaja al servicio de los que viajan en barcos o en aviones; *turistas* interesados en conocer ambientes, costumbres y tradiciones diversos; *nómadas*, que desde hace siglos recorren los caminos del mundo; *artistas de circo*, que llevan a las plazas atracciones y sana diversión. A todos y a cada uno, mi abrazo más cordial.

Vuestra presencia nos recuerda que el mismo Hijo de Dios, al venir a habitar en medio de nosotros (cf. *Jn* 1, 14), *se convirtió en emigrante*: se hizo peregrino en el mundo y en la historia.

2. "Venid, benditos de mi Padre. (...) Porque (...) era forastero, y me acogisteis" (Mt 25, 34-35).

Jesús afirma que sólo se entra en el reino de Dios practicando el mandamiento del amor. Por tanto, no se entra en él en virtud de privilegios raciales, culturales y ni siquiera religiosos, sino por haber cumplido la voluntad del Padre que está en los cielos (cf. Mt 7, 21).

Amadísimos emigrantes e itinerantes, vuestro jubileo expresa con singular elocuencia el lugar central que debe ocupar en la Iglesia la caridad de la acogida. Al asumir la condición humana e histórica, Cristo se ha unido, en cierto modo, a todo hombre. Nos ha acogido a cada uno de nosotros y, con el mandamiento del amor, nos ha pedido que imitemos su ejemplo, es decir, que *nos acojamos los unos a los otros como él nos ha acogido* (cf. Rm 15, 7).

Desde el momento en que el Hijo de Dios "puso su morada entre nosotros", todo hombre, en cierta medida, se ha transformado en el "lugar" del encuentro con él. Acoger a Cristo en el hermano y en la hermana que sufren necesidad es la condición para poder encontrarse con él "cara a cara" y de modo perfecto al final de la peregrinación terrena.

Por consiguiente, es siempre actual la exhortación del autor de la *carta a los Hebreos*: "No os olvidéis de la hospitalidad; gracias a ella hospedaron algunos, sin saberlo, a ángeles" (Hb 13, 2).

3. Hago mías, hoy, las palabras de mi venerado predecesor el siervo de Dios [Pablo VI](#), quien, en la homilía de clausura del concilio ecuménico Vaticano II, afirmó: "Para la Iglesia católica nadie es extraño, nadie está excluido, nadie está lejos" (AAS 58 [1966] 51-59). En la Iglesia, como escribió desde el inicio el Apóstol de las gentes, no hay extranjeros ni huéspedes, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios (cf. Ef 2, 19).

Por desgracia, se dan aún en el mundo actitudes de aislamiento, e incluso de rechazo, por miedos injustificados y por buscar únicamente los propios intereses. Se trata de discriminaciones incompatibles con la pertenencia a Cristo y a la Iglesia. Más aún, la comunidad cristiana está llamada a difundir en el mundo la levadura de la fraternidad, de la *convivencia entre personas diferentes*, que también hoy podemos experimentar durante este encuentro.

Ciertamente, en una sociedad como la nuestra, compleja y marcada por múltiples tensiones, *la cultura de la acogida se debe conjugar con leyes y normas prudentes y clarividentes*, que permitan valorar los aspectos positivos de la movilidad humana, previniendo sus posibles manifestaciones negativas. Esto hará que efectivamente se respete y acoja a todas las personas.

Con mayor razón en la época de la globalización, la Iglesia tiene una propuesta precisa: trabajar para que nuestro mundo, del que se suele decir que es una "aldea global", sea verdaderamente más unido, más solidario y más acogedor. Esta celebración jubilar quiere difundir por doquier como mensaje que *el hombre y el respeto de sus derechos deben estar siempre en el centro de*

los fenómenos de movilidad.

4. La Iglesia, depositaria de un mensaje salvífico universal, está convencida de que su tarea primaria consiste en proclamar el Evangelio a todos los hombres y a todos los pueblos. Desde que Cristo resucitado envió a los Apóstoles a anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra, sus horizontes son los del mundo entero. Los primeros cristianos comenzaron a reconocerse y a vivir como hermanos, en cuanto hijos de Dios, en el escenario pluriétnico, pluricultural y plurirreligioso del Mediterráneo.

Hoy no sólo el Mediterráneo, sino también todo el planeta se abre a las complejas dinámicas de una fraternidad universal. Queridos hermanos, vuestra presencia aquí en Roma subraya cuán importante es que Cristo y su evangelio de esperanza iluminen constantemente este fenómeno de crecimiento humano. Desde esta perspectiva debemos seguir comprometiéndonos, sostenidos por la gracia divina y la intercesión de los grandes *santos patronos de los emigrantes*: desde santa Francisca Javiera Cabrini hasta el beato Juan Bautista Scalabrini. Estos santos y beatos nos recuerdan cuál es la vocación del cristiano en medio de los hombres: caminar con ellos como hermano, compartiendo sus alegrías y esperanzas, sus dificultades y sufrimientos. Como los discípulos de Emaús, los creyentes, sostenidos por la presencia viva de Cristo resucitado, son, a su vez, compañeros de camino de sus hermanos que atraviesan dificultades, ofreciéndoles la Palabra que reaviva la esperanza en los corazones y compartiendo con ellos el pan de la amistad, de la fraternidad y de la ayuda recíproca. Así se construye la civilización del amor. Así se anuncia la esperada venida del cielo nuevo y la tierra nueva, hacia los que nos encaminamos.

Invoquemos la intercesión de estos santos patronos en favor de todos los que forman parte de la gran familia de los emigrantes e itinerantes. Invoquemos, de modo particular, la protección de María, que nos ha precedido en la peregrinación de la fe, para que guíe los pasos de todos los hombres y mujeres que buscan la libertad, la justicia y la paz. Que ella acompañe a las personas, a las familias y a las comunidades itinerantes. Que ella suscite cordialidad y acogida en el corazón de los residentes, y favorezca la creación de relaciones de comprensión y solidaridad recíprocas entre cuantos están llamados a participar un día en la misma alegría en la casa del Padre celestial. Amén.